

BIBLIOGRAFIA

Searle, con gran rigor analítico y sin enfatizar en ningún caso las cuestiones tratadas. En la primera parte, Barry Smith y John F. Crosby ponen de manifiesto las raíces *fenomenológicas* del pensamiento de Searle, insistiendo en la vigencia actual de los planteamientos de Reinach y otros fenomenólogos europeos, seguidores de Brentano y Husserl, como Daudert y Marty. En la segunda parte, Armin Burkhardt, Gabriel Falkenberg y Eckard Rolf examinan las relaciones entre la semántica y la pragmática, o entre el análisis del lenguaje y la teoría de la acción, en una línea similar a la ya marcada anteriormente por la *fenomenología* europea.

En la tercera parte, Robert M. Harnish, Frank W. Liedtke, Wilhelm Baumgartner y Jörg Klavitter examinan la relación existente entre los *actos de habla* y las diversas dimensiones expresivas y realizativas, o *performativas*, que tiene la *intencionalidad* humana en cualquier *acto de promesa*, por ser un tipo de acción en la que se pone en juego las pretensiones de verdad y de *sinceridad* del lenguaje. En la cuarta parte, Jerrold J. Katz, Michael J. Evans, Rainer Wimmer y Carlo Marletti analizan las diversas dimensiones semióticas, gnoseológicas y existenciales, que pueden llegar a tener los diversos *significados* constatativos y performativos de un *acto de habla*, al igual que ya anteriormente lo hicieron Frege, Husserl o Peirce.

En la quinta y sexta parte se recogen artículos más analíticos de Armin Burkhardt, Anne Reboul, Dieter Münch y Manfred Bierwisch, dedicados a dos problemas específicos: el valor de las metáforas y de los nombres propios en los *discursos ficticios*; y la influencia decisiva que la teoría de los *actos de habla* ha tenido en la revisión del problema de las relaciones *mente y cerebro*. Al menos ha puesto de manifiesto la imposibilidad que tiene la inteligencia artificial de realizar actos mentales verdaderamente intencionales.

En conclusión, se trata de una obra colectiva sobre un tema de gran interés para la filosofía contemporánea, que evidentemente sigue abierto a otro gran número de cuestiones que aquí no han sido tratadas. Sólo indicar que la obra acentúa excesivamente el planteamiento crítico y, para el lector profano en la materia, le puede desconcertar por quedar excesivamente en entredicho cuales han sido las aportaciones efectivas que Searle hizo. Ello se acentúa aún más por la obsesión de los articulistas por reconducir su pensamiento a sus raíces *fenomenológicas* europeas, así como por la ausencia de una respuesta por parte de Searle, como al parecer se le pidió, de lo que se disculpa el editor.

Carlos O. de Landázuri

CARDONA, Carlos: *Ética del quehacer educativo*, Rialp, Madrid, 1990, 179 págs.

La sociedad actual padece una notable inflación educativa. Es cada vez mayor el número de instituciones que abren sus puertas a jóvenes infantes que desde los dos o tres años quedan confiados a las manos de los maestros. Luego, se suceden los largos años de estudios de bachillerato y, para quienes pueden acceder, los cursos universitarios. Por si fuera poco, los masters han extendido sus funciones y ofrecen las más diversas posibilidades de especialización. A ese res-

BIBLIOGRAFIA

pecto más de una vez ha salido en la conversación con mis colegas la común impresión de que se amplían los años de estudio, tal vez porque se estudia mal.

Recientemente, las ediciones Rialp han sacado a la luz un volumen –el primero de una colección que nace con grandes ilusiones– que analiza precisamente los modos en que es posible mejorar el quehacer educativo. La pluma de Carlos Cardona, filósofo catalán, da rendida cuenta en su *Ética del quehacer educativo* de los medios que los profesores, y los formadores en general, han de asumir para transmitir una enseñanza integral, para formar *hombres* y no sólo ingenieros, economistas o abogados.

No se trata, desde luego, de olvidar la importancia que tiene que la Facultad de Económicas enseñe Contabilidad o Matemática Financiera; o que la Facultad de Derecho haga que sus alumnos dominen el Derecho Administrativo o el Civil. Sin embargo, se corre el riesgo –en mi opinión hemos caído ya en él– de olvidar que los colegios y las universidades han de formar *hombres* que sepan Derecho, Economía o Ingeniería.

El reto es sin duda notable, pero a la vez apasionante. Una formación personalizada e integral puede volver a producir generaciones que piensen y que no se limiten a repetir como papagayos unos conceptos aprendidos por pinzas.

El análisis de Cardona es drástico y sin medias tintas: "se impone un enérgico rechazo de cualquier visión y reducción materialista del hombre, porque el materialismo –en todas sus formas– tiende a degradar la educación (propia de las personas) primero en crianza (propia de los animales), luego en cultivo (propio de las plantas) y, por fin, en fabricación (propia de las cosas). Y todo acaba siendo una función tecnológica y económica".

En forma de diálogos –de los que no queda claro en el libro si son entrevistas o la aplicación del método socrático–, el autor catalán detiene su atención de los grandes temas de la educación. Insiste, por ejemplo, con insistencia en la importancia de la familia en la educación, sobre todo de los más jóvenes. Los padres de familia no pueden –no deben– desentenderse del esfuerzo educativo, han de estar presentes en primera persona en la formación de la prole. Si olvidan esta verdad fundamental, habrán dejado de comportarse como pro-creadores del cuerpo –y en cierto modo del alma– de sus hijos, para convertirse en meros reproductores. Esa reducción les haría perder gran parte de su grandeza de colaboradores de Dios.

La educación "en" y "para" la libertad es otra de las grandes cuestiones de todo el proceso educativo. La preparación de hombres-robots es totalmente insuficiente: no basta "formar" expertos en las ciencias o en las letras, hay en enseñar a pensar, a actuar con libertad y responsabilidad, a enfrentarse de modo creativo a las nuevas realidades.

Educar "en" y "para" la libertad es tanto como enseñar a "amar". El trabajo no debe convertirse en un refugio en el que olvidar las dificultades que presenta la vida, o en un reducto de satisfacciones personales. La persona humana ha de reconocer en los demás "objetos-sujetos de su amor". Sólo de ese modo la sociedad se humaniza, y se aleja del peligro de reducir al hombre a "funcionario" o a "suplicante" de la atención del "funcionario".

"Personalizar, educar personas –insiste repetidamente Cardona–: ése es el antídoto para defender a los alumnos del influjo negativo que pueden ejercer sobre ellos los medios de comunicación colectiva y, en general, la sociedad tecnológica y de consumo; y para ayudarles a que se beneficien de los posibles influjos positivos, que hay también en todo eso". No se trata, en efecto, de rechazar en bloque las innovaciones de la modernidad. Es preciso aprender a utilizar-

BIBLIOGRAFIA

las del modo más conveniente, sacar fruto de todas esas novedades que la inteligencia humana va promoviendo. Educar es también esto. Es más, es sobre todo esto: preparar para la vida, sin miedos ni complejos que paralicen la actuación responsable de las personas.

A lo largo de las casi ciento ochenta páginas del libro se analizan con agilidad y profundidad muchos otros temas. Algunos quedan sólo esbozados, pero ofrecen interesantes reflexiones y puntos de partida para el pensamiento del lector.

Tras los cinco diálogos que componen el volumen, tres notas complementarias lo cierran. Analizan de modo más sistemático las siguientes cuestiones: *Acerca de la mujer*, *Acerca del ambiente social* y *Acerca de la singularidad*.

Se trata, en fin, de un buen comienzo para esta colección de Monografías y Tratados Ger. Es de esperar que sigan a este libro nuevas aportaciones de estudios que ayuden al hombre de hoy a reflexionar sobre el verdadero sentido de su quehacer.

Javier Fernández Aguado

CASADO VELARDE, Manuel: *Lenguaje y Cultura. La Etnolingüística*, Editorial Síntesis, Madrid, 1988, 159 págs.

"Deberíamos someter el lenguaje a un régimen de pan y agua, si queremos que no se corrompa y nos corrompa", recuerda el Prof. Casado citando al reciente Nobel Octavio Paz (p. 120), pero, afortunadamente para el lector, en su libro no somete al lenguaje a tan severa dieta unilateral que lo convertiría, a buen seguro, en el objeto de estudio ideal para el lingüista científico. Por el contrario, el libro –que se presenta a sí mismo como una introducción a la ciencia etnolingüística (p. 133), pero que es mucho más– aspira tanto a un efectivo estudio *multidisciplinar* de la abigarrada realidad del lenguaje y de las lenguas históricas, como –frente a los enfoques metodológicos que han predominado en este siglo y quizá siguen predominando– a "una consideración del lenguaje que tenga en cuenta al hombre" (p. 12).

De acuerdo con el carácter de la colección en que esta obra se incluye ("Textos de Apoyo. Lingüística"), Manuel Casado atribuye a su libro un "tono didáctico" (p. 122) que parece casi una disculpa por poner su mejor empeño en ofrecer una visión integrada y breve de siglos de reflexión sobre el lenguaje desde muy variadas perspectivas. Impresionan al lector la destreza y seguridad con las que el Prof. Casado describe en rápidos trazos –remitiendo siempre a sus fuentes– las grandes corrientes y los presupuestos de los diversos enfoques. Ambas cualidades denotan maestría en el autor –como es el caso– y fidelidad a un maestro, en este caso, Coseriu: "He articulado las cuestiones aquí tratadas siguiendo los planteamientos metodológicos del profesor Eugenio Coseriu (...). Como aglutinador de las corrientes idealistas y estructuralistas de la moderna ciencia del lenguaje, el marco teórico del citado lingüista rumano se presenta especialmente apto para comprender e integrar –sin reducir ni violentar– 'el más familiar y, al mismo tiempo, el más problemático de los atributos humanos' (Pagliaro)" (p. 12). Puede deberse seguramente a esas cualidades que el autor rehuya cualquier artificioso *concordismo* y adopte posición sin titubeos en las cuestiones más polémicas para lingüistas, filósofos o antropólogos.